

RECUERDOS DEL PADRE GABRIEL

BOSQUEJOS DE UN MEMORABLE ÁNGEL DE LA GUARDA

Amparo Latorres Rojas, OSB¹

Hablar sobre el Padre Gabriel, sin hablar de la Fundación de este Monasterio de la Asunción de Monjas Benedictinas, sería como negar la existencia de las estrellas y astros del firmamento, y de ver en él a uno de sus más entusiastas y entrañables colaboradores, que, como Ángel de la Guarda, influyó de forma innegable en el proyecto de la Fundación de este Monasterio, en su establecimiento y su posterior andar monástico. Primero, porque gracias a sus estudios de Arquitectura tenía conocimiento de las viejas Casas de Mendoza, enclavadas en el Valle Central de nuestro país desde sus años de estudiante, tal como él lo plasmó en la Presentación del Libro que hizo a pedido de don F. Javier Fernández Conde, “Monasterio de la Asunción de Santa María, Veinticinco años de Historia 1983- 2008, Monjas Benedictinas”, en el año 2011:

“Una tarde, hace más de sesenta años, siendo estudiantes de arquitectura, en compañía de otro compañero, Mariano Puga, hoy santo sacerdote, fuimos a dar, por mera casualidad, a las Casas de Mendoza, aún en su esplendor, en uso por los Padres Asuncionistas. Entramos a curiosear, sin imaginarnos lo que íbamos a encontrar dentro; de sorpresa en sorpresa, aficionados como éramos a la arquitectura colonial y su alhajamiento, quedamos deslumbrados por su capilla, por la cantidad de muebles... Pasaron años de años y en cierta ocasión, desempeñándome como hospedero de mi monasterio, me cupo atender a un sacerdote de la Diócesis de Rancagua que, como al segundo día, me preguntó si sabíamos de alguna comunidad que le interesara hacerse cargo de unas casas antiguas que estaban disponibles; al enterarme que eran aquellas

1 Monja del Monasterio de la Asunción de Santa María, Rengo, Chile.

mismas de Mendoza, que habían quedado una especie de aparición en mi retina, no digo fui, sino corrí, a comunicárselo al P. Abad Eduardo Lagos, en tal estado de frenesí que debió pensar que mis desatinos ya habían sobrepasado todo límite. Él buscaba un lugar para el proyecto de fundación de un Monasterio de benedictinas, y aunque con gran calma, se decidió a conversar personalmente, primero con el huésped y luego con el Obispo de Rancagua, Mons. Durán, haciendo un increíble acto de fe en mis precipitadas arengas...”

(P. F. Javier F. Conde, Monasterio de la Asunción de Santa María, Veinticinco años de Historia 1983 - 2008, Monjas Benedictinas, PAX 2011)

A eso también habría que agregar la cercanía tanto con el Monasterio de las Condes, como con el Padre Gabriel, de algunas de las primeras postulantes chilenas. Ingresaron al Monasterio de san Pelayo, para luego ser parte de la comunidad del Monasterio de la Asunción, una vez realizada la votación del Capítulo Conventual del Monasterio de san Pelayo para dar su “SI” a la Fundación en Chile el día 08 de diciembre de 1981. Participaban en el grupo de *Lectio Divina* que cada día jueves por la tarde después de sus clases en la Universidad el Padre Gabriel realizaba en la casa de una de estas jóvenes, donde él les compartía la Palabra de Dios y tuvieron la oportunidad de conocer en persona a Madre Amparo Moro y a Sor Isabel Arias, quienes en noviembre de 1981 visitaron Chile, para hacer una evaluación más ponderada del proyecto en estudio a la petición formal tanto de Mons. Alejandro Durán, Obispo de Rancagua y del P. Abad del Monasterio de las Condes Eduardo Lagos a la Abadesa del Monasterio de San Pelayo y su comunidad para realizar una Fundación de Monjas Benedictinas en Chile, en la Diócesis de Rancagua (cf. *Ibidem*, Capítulo II). Tal como el mismo Padre Abad Benito hizo mención en la Misa del funeral del Padre Gabriel, ellas fueron parte de esos peces grandes que cayeron en la red del Padre Gabriel y que con la gracia de Dios han perseverado en su seguimiento al Señor en este Monasterio hasta el día de hoy.

Sería imposible enumerar todos los aportes que el Padre Gabriel hizo a la Comunidad, tanto en el proceso pre-fundacional y en la consolidación material del edificio del Monasterio, como en todo el proceso de reacomodación del mismo, en las primeras obras de mejoramiento una vez llegadas las fundadoras, como en la restauración post- terremoto de 1985, las ampliaciones y mejoras que la vida misma de la comunidad fue requiriendo, como en la influencia siempre positiva y

animada en la vida de la comunidad, con su singular y extraordinario sentido del humor y expresividad para relatar de forma tan amena y envolvente las aventuras de sus vivencias personales de niño, de monje, de historiador y de investigador que lo llevaron a visitar en muchas oportunidades los Archivos Históricos del Viejo continente, de donde iba recopilando información para la redacción de su fecunda obra literaria en estos ámbitos y que nos compartía con mucha sencillez en sus visitas a la comunidad, siendo a la vez una instancia fraterna como formativa para la comunidad.

Para finalizar no podemos dejar de mencionar un hecho que siempre recordamos con gran cariño y que refleja la singularidad de la personalidad del Padre Gabriel y de su mano angelical y paternal a la vez sobre la comunidad que quedó estampada en la Crónica del Monasterio y en el Libro de los Veinticinco años del Monasterio:

«El P. Gabriel Guarda fue el ángel tutelar de aquellos primeros meses de natural desconcierto. El regreso de Amparo Moro a España el día 30 de abril produjo en todas las monjas, incluida la Priora, una fuerte sensación de orfandad que ni la cronista puede disimular”: “Es un instante fuerte. Madre Abadesa va caminando por la avenida del bosque... La acompañan en ese caminar el P. Gabriel y Guillermo. Detrás, lentamente, el auto. Por fin se cierra la reja. Estamos las siete en la explanada, sin una palabra, esperando al P. Gabriel y a Guillermo, quienes se acercan a nosotras con una decisión inapelable: Guillermo, –dice el P. Gabriel– ha tenido una gran idea: rápidamente, nos vamos a pasar el día fuera, a un cerro... Estábamos serenas, gozosas. Una vez más el Señor estaba haciendo su trabajo”» (Crónica I, f. 37r).

En un mundo que tiende a una pérdida del sentido de la historia (*Fratelli Tutti* n. 13), la figura del Padre Gabriel como monje, sacerdote, arquitecto e historiador, en lo personal ha significado el despertar, de algo que desde niña me hacía ir estudiando por adelantado los capítulos del libro de historia en la escuela y que gracias al esfuerzo y no pocos sacrificios de mis padres era una de las pocas privilegiadas que en ese tiempo podía adquirirlo. Además de ser un referente y un estímulo para cultivar el interés y el deseo de conocer la historia de nuestro Monasterio, sus raíces y todo lo que fue haciendo posible la germinación de este pequeño retoño monástico, en donde el Padre Gabriel como lo hemos dicho anteriormente forma parte de esas personas providenciales que el Señor puso

desde mucho antes de su “concepción”, como un “Ángel de la Guarda”. Eso me ha llevado a ser capaz de valorar, admirar e intentar ser cada vez más consciente de la obra de salvación que Dios ha hecho con cada una de las hermanas que formaron y formamos parte de esta comunidad y en ese sentido cobran o resuenan en mí lo que la Madre Cristiana Piccardo, oco, dice en su libro, “Pedagogía Viva, Cister Novecientos años después”, citando a A. Gramsci:

“Un período histórico puede ser juzgado por su mismo modo de considerar el período que le ha precedido. Una generación que devalúa a la generación precedente, que no logra ver sus grandezas y su significado, no puede ser sino una generación mezquina y sin confianza en sí misma. En la devaluación del pasado está implícita la justificación de la nulidad del presente”.

y más adelante citando a S. Grygiel:

“El futuro sin el pasado es todo y, por tanto, es nada. Cada revolución ha buscado realizar un futuro sin partir del pasado, sin apoyarse en él; ha buscado destruir el pasado. Podemos decir, en otros términos, que, para la comunidad, el matrimonio, la familia, es esencial una cierta tradición. Tradición no sólo es el pasado; tradición es también el futuro, es todo. Pero no se puede crear, construir el futuro si uno prescinde del pasado y se olvida de él. Para poder saber dónde ir, debo saber antes de dónde vengo, de dónde provengo”.

Mendoza de Rengo
Casilla 37
Rengo - VI Región
CHILE